

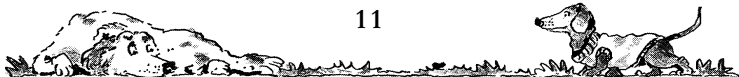
¿Por qué las vacaciones alegraban a todo el mundo?

Berta abrió la puerta del metro tirando y expuso la nariz al aire cálido.

—Fin de trayecto —gritó el altavoz—. Desciendan todos los pasajeros.

Berta se colocó la cartera debajo del brazo, saltó del vagón y trotó por el andén vacío. Vacaciones de verano, la frase pesaba sobre sus hombros como una losa. Todas sus amigas se marchaban: a granjas de ponys, a las islas griegas, a Dinamarca... A Berta, sin embargo, le esperaban seis interminables semanas de aburrimiento. Puede que seis y media. Una perspectiva atroz.

Compró un helado en el kiosco de la estación, pero eso tampoco mejoró su humor. Empezó el camino a casa con expresión sombría. Pasó por delante de la tintorería, de la panadería y de la tienda de Morcillo en la que se podía comprar casi todo, aunque apenas era más grande que el salón de sus padres.



–¡Hola, Berta! –el señor Morcillo exponía al sol su cara redonda, apoyado en la puerta de la tienda–. ¿Qué horrible idea se te ha metido entre ceja y ceja? –Pipo, su perrito, saltó hacia Berta, ladrando.

–Bah, nada –murmuró la niña, rascando a Pipo por detrás de las orejas.

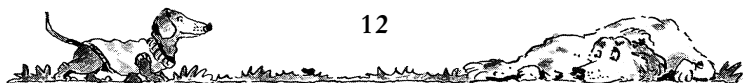
A Berta le gustaban los perros. Le chiflaban sus hocicos fríos y olisqueantes, el meneo de su rabo, sus sedosas orejas. Si tuviera un perro, ay, entonces las seis malditas semanas de vacaciones le alegrarían. Pero así...

–¡Felices vacaciones! –le deseó el señor Morcillo mientras se alejaba.

–Gracias –contestó Berta, lanzando al arroyo de una patada una cajetilla de cigarrillos vacía, y torció para adentrarse en la calle del Mirlo.

Vivía allí, entre grandes árboles, jardines gigantes, casas antiguas y ni un solo niño a la redonda. Las amigas de Berta enrojecían de envidia cada vez que la visitaban en la señorial villa de ladrillo. «Vives como una estrella de cine», comentaban. Pero ¿qué tenía de emocionante una villa así? Además pertenecía a Eduard, el tío de su madre, y vivir con Eduard en la misma casa era fatigoso, muy fatigoso.

Berta se lamió los dedos embadurnados de helado y abrió la puerta de hierro forjado del jardín. Dos jardineros recortaban el seto de boj. Berta opi-



naba que los arbustos tenían que parecer arbustos, pero Eduard pensaba de muy distinta manera.

—¿Y eso qué es? —preguntó la niña deteniéndose junto a uno de los jardineros—. ¿Una gallina?

El hombre la miró desde arriba, irritado.

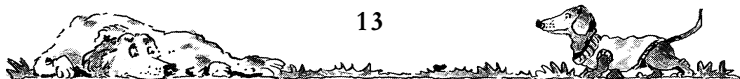
—Un papagayo.

—Ah, ya.

Berta contempló la obra de arte en que se habían convertido los arbustos, después subió corriendo la enorme escalera que conducía a la puerta de entrada. Papagayos, todos papagayos. Claro. Debería haberse lo figurado. A Eduard le encantaban los papagayos. Sobre todo el suyo. Carlo triplicaba la edad de Berta y era mayor que un ganso. Carlo se cagaba encima de las alfombras persas de Eduard, vagabundeaba silbando, chillando, mordisqueando las cortinas y mordiendo todo lo que se movía. Pero Eduard estaba completamente chiflado por él.

Berta abrió la puerta de la calle. El olor a jabón hirió su nariz. Eduard no sólo daba trabajo a media docena de jardineros, sino también a dos limpiadoras. De vez en cuando incluso a un cocinero. Mamá decía que Eduard sólo utilizaba sus manos para tomar el té.

La escalera aún estaba húmeda. Berta corrió de puntillas por encima del mármol resbaladizo. Le sacó la lengua al marco dorado situado junto a la puerta, como siempre que entraba en casa. Allí



dentro reinaban las normas domésticas. Eduard las había manuscrito con su extraña caligrafía llena de firuletes.

Berta se las sabía de memoria:

*Ruego a mis estimados familiares tengan la amabilidad de abstenerse en esta casa de lo siguiente:*

1. Poner la radio en el balcón o en el jardín (y en especial la detestable música del siglo XX).
2. Invitar simultáneamente a más de tres personas foráneas (excepción: las festividades).
3. Olor a ajo en la escalera.
4. Poseer animales vivos sin plumas ni alas.
5. Colocar enanos de jardín y ordinarièces por el estilo.
6. Secar la ropa a la vista de todos en la veranda.

A la madre de Berta las normas 2 y 6 le atacaban los nervios, y su padre se pasaba horas despotricando de la 1. Berta, sin embargo, sólo reprochaba a Eduard la norma número 4, pues lo que más ansiaba en este mundo y en esta vida era un perro, y un perro no tiene plumas y mucho menos alas. Subió de puntillas con cierta torpeza la escalera reluciente. Ellos vivían en el primer piso, en cuatro habitaciones con balcón, y Eduard en la planta baja con su ridículo papagayo, en la que disponía de seis habita-



ciones, invernadero y veranda. Cuando Berta iba justo por el cuarto escalón, la puerta de la vivienda de la planta baja se abrió y Eduard apareció, imponente, sobre su elegante felpudo. Lo que faltaba.

–¡Oh, ya has vuelto! –exclamó blandiendo un enorme paraguas–. Me disponía a dar un paseíto. ¿Hace mucho calor?

–Seguro que no necesitarás paraguas –contestó Berta mirando con inquietud las huellas negras que había dejado en la escalera a pesar de todos sus esfuerzos. Pero Eduard no pareció fijarse en ellas.

–Pareces deprimida, querida –dijo él, enarcando las cejas con gesto de preocupación.

–Hoy empiezan las vacaciones –explicó Berta–. Y me aburriré como una ostra.

–Bueno, serás bien recibida en todo momento por Carlo y por mí –comentó Eduard–. ¿Conoces éste? –inclinándose un poco hacia delante, se estiró la pajarita–. ¿Por qué hay ositos de goma y no elefantes de goma?

–Porque las bolsas saldrían demasiado caras –contestó Berta–. Tengo que subir, suena el teléfono. Adiós, Eduard –y ascendió por la escalera.

La excusa del teléfono funcionaba siempre, y con Eduard se necesitaban excusas porque tenía tres grandes pasiones: sus rosas, las señoras regordetas y los chistes. Y una vez que empezaba a contarlos, no había quien lo parase.

